

blará maravillas sobre el asunto: pero decidle que esta misma fe condena los medios injustos de enriquecerse; no será de vuestro dictámen, ni condenará por sí mismo aquello que ama de veras. Esto obligó á San Agustin á decir, que la fe nos parece amable cuando no toca á nuestras pasiones; pero que se nos hace odiable cuando reprehende nuestros defectos.

¡Cuán dichoso sería yo, si pudiera decir en elogio de vosotros, lo que decía San Pablo á los de Tesalónica! amados hermanos, debemos tributar á Dios humildes gracias por vosotros; pues vuestra fe se aumenta mas y mas, con una caridad mutua que reina en vuestros corazones. ¡O qué bello modo de alabar á Dios, hacer el elogio de estos pueblos, mostrando que tienen una caridad sincera y abundante! Sabed, hermanos míos, que no es la magnificencia de vuestros templos, la riqueza de los vasos sagrados, el gran número de ministros del Señor, lo que causa la mayor gloria de la Iglesia; sino el aumento de la fe y la abundancia de la caridad, la fe humilde y simple en el espíritu, y activa en el corazón.

¡O Salvador de los hombres! autor y consumador de nuestra fe; dignaos aumentar la nuestra. Hasta aquí nuestra fe ha sido vana y estéril, pero de aquí en adelante será viva y eficaz. ¡Ay Señor! ¿de qué nos servirá profesar de boca una ley que nuestras obras desmienten? vuelvo, Señor, á repetir, aumentad nuestra fe. Si hasta ahora hemos rehusado someternos verdaderamente á la fe, es porque no considerábamos que fuese el don mas noble y precioso de todos los

dones. Perdonad, Señor, á nuestra fe curiosa é indulgente: nosotros ignorábamos sus verdaderos caracteres, y enteramente desengañados, os pedimos con instancia la fe preciosa que someta nuestro espíritu y gane nuestro corazón; ilustrados con su divina luz, nos será fácil desviar nuestros pasos de las sendas del error, y arribar con el auxilio de la claridad al término dichoso de la bienaventuranza.

SERMON

PARA LA DOMINICA DE PASION.

IDEA. LA VERDAD DESFIGURADA.

Et ero similis vobis mendax (Joan. 8. v. 55.).

Se han disminuido las verdades entre los hijos de los hombres. Así hablaba el Profeta Rey, lamentándose en su tiempo, al ver introducido el doblez en el trato de los hombres. De un modo muy semejante se producía Isaías, al considerar perdida la justicia, y trastornada la equidad por los rápidos progresos que cobraba la mentira. El mismo Salvador extraña al parecer lo poco que movía á los judíos la verdad, si atendemos al Evangelio. Y acaso si David, si Isaías, si el Unigénito del Padre, hablasen en nuestro siglo, ¿declamarian con menos fuerza contra la falsedad y el engaño? ¿serian menos enérgicas sus quejas contra los ardides de los hombres para engañar-

se mutuamente? ¡Ay de mí! Jeremías agotaría sus lágrimas, Ezequiel fulminaría anatemas, Zacarías aumentaría sus amenazas, Oséas tronaría terriblemente, Salomon anunciaría castigos, el Apóstol derramaría el torrente de su zelo, Moisés renovaría los prodigios de su vara, y todos se declararían contra los partidarios de Satanás, contra los corazones fraudulentos, contra los hijos de la mentira, y perseguidores de la verdad.

Sí, oyentes, ya no hay verdad: ha desaparecido de nuestro hemisferio, y nos ha dejado en la situación mas deplorable. ¡Pobre mundo! ¡Pobres hombres! ¡Dónde vamos á parar? Pero, señores, la Iglesia siempre infalible, siempre una misma, conserva sin alteracion este sagrado tesoro; sus ministros debemos ser los dispenseros de los misterios de Dios, y por consiguiente anunciadores de las verdades mas puras; mi carácter, y la calidad que ejerzo de enviado sobre vosotros, me obligan á publicarlas sin disfraz; pues ea, prestadme atencion, disimulad por esta vez mis expresiones: hablando generalmente, no hay verdad sobre la tierra; á esto se limita mi discurso: para hablaros en el asunto, me basta apoyarme en el Evangelio, aunque por otra parte mi flaqueza no me permite el decirlos quién de vosotros me argüirá de pecado. Soy hombre, y el hablar de esta manera estaba reservado solo á Dios. ¿La medicina es muy buena? pues no os pareis en las cualidades del médico.

PRIMERA PARTE.

La verdad de las cosas, dice San Anselmo, es su rectitud, en cuanto esta pueda ser concebida por el entendimiento. Nosotros sabemos lo que es verdad, porque advertimos que falta. Apenas puede descubrirse en el mundo político. Está desfigurada en el estado social, y se ha hecho rara en la clase de los devotos. Examinemos la verdad en estos tres departamentos: ¿qué es en el día de hoy la política? El arte de engañar con primor. Así la define un grande hombre. Las ocupaciones del tiempo se versan solamente en maquinizar nuestra recíproca destruccion: bajo la apariencia de un corazon generoso, de un lenguaje natural, y de un estilo patético, solo se pretende arruinar. ¡Ah! si á cada uno de nosotros fuera dable desenvolver los enredos de las gentes de empleos graves, seguir de cerca su sistema, penetrar sus intenciones; nos llenariamos de horror á vista de la política á la moda. Entonces veriamos al católico menos honesto que el pagano; veriamos que la religion sirve de máscara para los mas feos delitos; veriamos romperse los mas estrechos lazos de la sangre y amistad por el mas feo interés; veriamos que los empleos eminentes llegaban á ser el ídolo de una chusma de aduladores é hipócritas; veriamos á la misma conciencia venal; veriamos, en fin, en la mayor parte de los políticos, unos hombres hambrientos de honores y riquezas, que no se conservan sino á favor de la traicion y de la falsedad; unos hom-

bres, que si leen el Evangelio, es con un espíritu de presuncion, llenos de orgullo; abundantes á su modo de entender, examinan la religion con preventiva malignidad, pensando encontrar en ella alguna contradiccion; que hablan con temeridad de todo lo que ignoran, ó de lo que no saben sino á medias; que escuchan la palabra de Dios, como si fuera un sistema útil á contener al pueblo tímido: veriamos, en fin, unos secretos apóstatas de la religion, no por seguir otra mejor, sino por no sujetarse á ninguna.

¿Qué es la política del mundo? dígalo por mí San Gregorio: cubrir el corazon de maquinaciones, hacer pasar lo falso por verdadero, y lo verdadero por falso. Este arte lo adquiere por precocio la niñez, lo aprende con el uso la juventud, lo conserva por hábito la ancianidad. Decir uno, y sentir otro. ¿Hay en todo esto rectitud? ¿La política del siglo es compatible con la verdad? Decidlo vosotros mismos. Aquel sugeto de calidad, cuya lengua ha sido siempre acibar contra cierto personaje, ahora se le rinde, le tributa adoraciones; pero su amor está lo mismo que antes. Aquel caballero que acababa de blasfemar contra el otro, ya le está hablando al oido, le presenta su persona; pero su voluntad está lo mismo que antes. Aquella muger tan llena de orgullo, se humilla á la presencia de aquel de quien espera algun favor, le protesta su amistad; pero su afecto no tiene papel en el acto. ¿Y todo esto qué es? El interés disfrazado, la simulacion bien hecha, el galanteo en su punto, la verdad desfigurada. Aquel ministro del Santuario, co-

mo otro de los hijos de Elí, trastorna su ministerio; con una mano presenta el tributo á Dios, y con la otra inciensa á Belial. Su carácter le eleva sobre los príncipes, y él se confunde con la plebe: secular por procedimiento, y eclesiástico por hábito: no importa, eso es politica. Aquel juez, aquel repúblico, descuida en el bien comun, ve al pobre para oprimirle, mira al rico para obsequiarle, hace producir á su vara flores diversas y frutos intempestivos, y esto solo con saberla doblar de distinto modo y en distintas ocasiones: no importa, esto es política. Aquel hombre tan lleno de jactancia, desprecia las necesidades de primer orden, fomenta cada dia mas su perdicion, multiplica sus deudas, solo piensa en lo exterior, tener buena corteza como manzana de Sodoma, aunque por dentro sea ceniza: no importa, esto es política: aquella señora gasta largos ratos en sus atavíos, acomoda su vestido á la indecencia, se presenta en el templo con el mismo aire que en la visita; allí como en cualquier parte, mira, habla, rie, provoca; y esto en el sacrificio tremendo: no importa, esto es política. Aquel jóven, aquella doncella, aquel... ¿Pero adónde vamos, señores? basta de averiguar en lo que toca al mundo político; claro está que siendo estos los procederes de la mayor parte de los hombres, les falta rectitud y no hay en todos ellos verdad.

SEGUNDA PARTE.

Consideremos al mundo en una segunda es-

cena: os hablo ahora de los hombres con respecto á la sociedad. Dios mismo es el autor de ella, y el aborrecerla ó despreciarla sería invertir el orden que tiene establecido. Nadie puede dispensarse de tributarla sus respetos; pero nosotros, siendo transgresores de sus leyes, la hemos sacado de su quicio. ¿Qué vemos en la sociedad? Pasiones que luchan unas con otras, elogios de la vanidad, furios hácia el placer, máximas totalmente opuestas á la religion, adulaciones desmedidas, palabras equívocas, declamaciones impías, una disolucion escandalosa, un lujo enorme, un interés detestable, un juego sin fin, una murmuracion espantosa, una rabiosa envidia. ¿De qué se trata en las visitas? de bagatelas, de fruslerías, de monadas; allí se censura al vecino, no se perdona al doméstico, se critica al sacerdote, se habla mal de la justicia, se deshonra la doncella, se infama la viuda, se llena de oprobio la casada. Aquí se congrega otra tertulia; el descoco y la desvergüenza hacen el primer papel. Una novela, una desgracia que se le escapó á una lengua poco cauta, encuentra aquí sus comentadores; ya se da por hecho lo que solo es presuncion; mil suposiciones falsas ponen color á la mentira, una malicia infernal sabe acomodarla el rostro, y un hablar desvergonzado la presenta á los circunstantes de una estatura colosal. Allá se ve otra concurrencia.

Las gentes van de tropel á formar una nueva sociedad. ¿Quién les congrega? el espíritu de curiosidad. ¿Quién preside aquella junta? el demonio. Un panegirista infernal los tiene á todos

suspensos. Quiere reparar el templo, pero no es Zorobabel; quiere reformar la ley, pero no puede ser Esdras. Su lengua, mas venenosa que los áspides, muerde sin temor de Dios. Despues que ha vomitado su saña en cuantas visitas yorros ha estado, va ahora esta gaceta de iniquidad á emponzoñar sus hermanos; sus ojos, lince para lo malo, y topos para lo bueno, le han ocultado la perfeccion, y descubierto el defecto del prójimo; revienta ya por decirlo, no sabe como explicarse, todos sus sentidos le hablan, pero entre hablar y mentir no hay diferencia ninguna. Dime, cartel ambulante, postillon de Barrabás, dime, ¿hay rectitud en tu intencion? ¿tienes presente el Evangelio? ¿conoces la caridad? ¿qué me respondes? Pagar como pagan, no es pecado. ¿Y quién te dió esa doctrina? ¡ah! máxima heretical, adagio embustero, regla agena de toda verdad.

¿Y no es esto lo que observamos continuamente en el mundo? ojalá no fuese así; los parientes interesados: los confidentes infieles: los grandes soberbios: los ricos avaros: los pobres atrevidos: los sabios hinchados: los ignorantes presuntuosos: los militares audaces: los labradores osados: los artistas fraudulentos: el comun de los hombres trastornado: las gentes con una locura genial, de que no es fácil prescindirse, segun el dictámen de Séneca. ¿Esta confusion horrenda no reina en la sociedad? ¿Cuántos traidores paliados usurpan el nombre sagrado de amigo? ¡Ay de mí! á cada paso se observan intrigas malignas, fraguadas en el seno de la amistad misma. No son raros los Judas que venden con

ósculo de falsa paz. Ya vemos un perverso que se introduce en aquella casa, que se reviste de los mas vivos sentimientos de honor por la familia, al paso que no pierde ocasion para deshonrarla, tomándose las mas viles satisfacciones, y dejando correr libremente su obscenidad con el pretexto de amigo. Es comun admitir en nuestro trato malvados Saúles, dejándonos llevar de las primeras apariencias que con un siniestro artificio procuran inquirir los mas ocultos secretos, ganar nuestra confianza para echarnos despues en cara lo que pueda acibararnos, al mas leve resentimiento: no es extraño ver á muchos afanados por obsequiar á este ó aquel sugeto, tributándole homenajes, disputándose la primacia en su servicio; pero ¿y la verdad de esto? no se encuentra: el interés de sacar algun provecho, el deseo de que les comunique algun conocimiento útil, la proporcion que tiene para favorecerles; esto es lo que les mueve, y ved aquí cumplido á la letra aquel otro adagio tan hijo de la mentira: muchas manos besa uno, que las quisiera ver quemadas.

Al ver aquella muger tan llena de cumplimientos ofrecer todos sus poderes, instando para que se la emplee, ¿quién no creyera que allí habia un gran fondo de ingenuidad? Pues nada de todo eso; el amor propio la alucina, funda su grandeza en la multitud de sus aduladores, y ved aquí el origen de sus mentiras, y la falta de verdad. Si se pretende una cosa, se prodigan las alabanzas: sino se aprecia, se deprime. ¿Hay matrimonio sin mentiras, trato sin ilegalidad, preten-

sion sin artificio, odio sin murmuracion, envidia sin zaherimiento? La sociedad, ¿no está dilacerada por los bandos, por los partidos, por las facciones, formando mutuamente el crimen, porque se habla con este que no es mio? ¿No se piensa mucho, se habla mas, se acierta menos, y se miente en todo? Los pensamientos siniestros, las palabras vacías de corazon, las obras discordes con la voluntad y el afecto, distante mil leguas de la lengua, ¿no nos presentan el estado social como una máquina monstruosa, llena de resortes inconexos, ó como una fantasma ridícula, que mirada de cerca nos engaña? Y todo esto, ¿no prueba que falta en los hombres la reetitud, y que se perdió la verdad? Examinadlo vosotros, mientras que yo paso á ver si la encuentro en la clase de los devotos.

TERCERA PARTE.

Yo considero ahora la devocion verdadera, como la mira San Francisco de Sales, en quanto es una profesion libre y manifiesta de una exacta regularidad en todos los ejercicios de la religion, conforme á los diversos estados en que la Providencia colocó á cada uno de nosotros. Esta, decimos, supone el amor de Dios, ó por decirlo con las palabras del Obispo de Ginebra, ella misma es el amor perfecto. Aquel es sinceramente devoto, que juzga de su devocion por su saber, que mide su devocion á su deber, y que establece su devocion en su deber. Cualquiera devocion que carece de esto, es devocion imaginaria.

El verdadero devoto conserva su devoción en el Evangelio; en su corazón, dice David.

Vengamos ahora á los devotos á la moda: unos tienen la ley de Dios en la memoria, como los sabios que la estudian para aprenderla, y no para cumplirla; y otros en la boca como los fariseos. Muchos la llevan en un semblante modesto y mortificado; estos son los hipócritas, que ocultan con un exterior inocente unas costumbres corrompidas. Estos, revestidos de un falso zelo, descuidan de las obligaciones mas indispensables, para atender á las de pura formalidad. Reparán en los mas leves defectos de sus hermanos, y no conocen sus propios desórdenes; dan consejos á todo el mundo, despreciando ellos los de su propia conciencia. La excesiva severidad es tambien el carácter de estos fantásticos. Creen que no deben ser indulgentes con nadie, porque á sí nada se dispensan. Tal era el espíritu de Novato y Tertuliano: ¿si será este todavía el de algunos devotos del siglo?

Si hablan, es con aspereza; si aconsejan, con acritud; si reprenden, con un aire avinagrado. El fariseo que ayuna, reprende á todos los hombres. El publicano pasa en su concepto por un ladrón, y él solo se cree justificado. El deseo de mandar es otro constitutivo. Ellos hacen voluntariamente muchas obras, con tal que ellos las dirijan: voluntariamente abrazan todas las empresas de caridad, con tal que ellos distribuyan las limosnas: se empeñan en hacerse necesarios en todo asunto, y se retiran si ven que no se respetan sus dictámenes: la piedad, segun estos, tam-

bien admite partidarios; y si no los hubiera, si fuesen todos de un dictámen, sin dar arma á la disputa, es de creer que muchas personas, especialmente mugeres, jamás habrían sido devotas, ni hubieran pensado en serlo.

Estos son, señores, aquellos figurones de devoción, que en pluma de San Agustín, sin omitir el teatro, al oír cualquiera trueno, se espantaban y acudian á la cruz. ¿Qué hemos de pensar de estos, cuya piedad solo consiste en la lengua? familiarizados con los libros espirituales que ojean continuamente, aprenden una algaravía mística, su lengua habla grandemente de Dios, al paso que su corazón se rebela. Ellos, como nuevos Herodes, estiman mucho al Bautista, pero sin dejar á Herodías; se abstienen de ciertas comidas, pero sin alejarse del pecado. Se creen muy culpables si faltan á ciertas preces ó ejercicios que se han señalado, y no se cuidan de las obligaciones primarias. Cargan de ofrendas los altares, y al mismo tiempo despojan al pobre, ó engañan al acreedor: estiman generalmente al prójimo; pero su odio disfrazado con el renombre de zelo, hace que miren con indignación á este ó aquel sugeto. Vosotros que así os portais, ¿no sois en esto mas insensatos que los insensatos del pueblo? ¿y no es esto lo que observamos con frecuencia, con no poco dolor de nuestra alma? ¿no es esto aparentar la virtud, sin apartar el pecado? ¿no es esto no haber rectitud? ¿mentir sin ninguna excusa? ¿faltar en todo á la verdad? Pues oyentes, si la política es el arte de engañar, si la sociedad es el centro del embuste, si la devo-